

la música actual y nosotros

INTENTAR resumir en unas pocas líneas una evolución que viene desde siempre —como ocurre con todas las actividades humanas— es una tarea un tanto desproporcionada. Por otro lado, el mejor consejo que se puede dar a quien quiere disfrutar de una música, es que la oiga. Así pues, este trabajo no puede tener otra pretensión que el de charla amigable, o mejor, opinión personal de quien, por vocación y libre determinación, viene dedicándose a menesteres musicales de creación desde hace ya casi veinte años, cifra que empieza a ser respetable.

A nada que nos demos cuenta, convirtiéndonos en objeto de nuestra reflexión, de cómo oímos música, llegaremos a percibir inmediatamente que la escucha musical tiene una nota que no posee casi ningún otro arte, nota que a la vez que la confiere su especificidad, la da de un lado partidarios acérrimos e indiferentes totales. Esta nota es que la música es un arte del tiempo. Primer punto a considerar.

Por otro lado, para que un acontecimiento nos conmueva, nos llegue a producir un impacto, una sensación que pueda ser calificada como capaz de comunicarnos algo, es preciso que se estructure en un lenguaje, que adopte, en suma, la apariencia de un código de procedimientos comunicativos, a través del cual, literalmente, lleguemos a entendernos. Otra cosa sería un diálogo entre un surcoero y un holote que no poseyera sino sus idiomas respectivos. Segundo punto a considerar.

Ahora bien, esta necesidad de comunicar algo, de transmitir lo que sea, que todo lenguaje —y la música lo es, porque si no sería absolutamente inútil— sólo se puede lograr a través de una forma, forma que naturalmente ha de variar con los tiempos, las necesidades expresivas y los mundos conceptuales que han de verse en cada obra y de los que, por paradoja, el creador no suele ser consciente sino a medias. La forma —una forma— es absolutamente precisa para comunicar algo. Tercer punto a considerar.

Si ahora unimos estos tres puntos, nos daremos cuenta inmediatamente de algo por demás curioso: la música nos plantea la posibilidad de una formalística en el tiempo. Dicho así, la cosa no pasa de ser casi una bonita elucubración. Pero tengamos en cuenta que la idea de lo formal, al menos para el hombre medio hasta hace pocos años, era casi inseparable de la aprehensión simultánea de algo que se percibía como un todo orgánico. En el momento en que ese todo orgánico se pone en movimiento es muy difícil que una forma se perciba como tal, si no se está sometido a un entrenamiento previo o se posee una particular sensibilidad. El hombre no curioso de la música, el no melómano, no percibe la creación musical sino como un discurso vago sin ningún sentido; no capta el hilo conductor de la ideación sonora. Porque, claro está, el tal hilo existe, ya que de no ser así, como dijimos antes, la música no sería un lenguaje. Ahora bien, ¿cómo lograr que la música, que ha de marchar en el tiempo, pueda tener una formalística perceptible?

A lo largo de la historia las respuestas han sido múltiples y tendremos que hacer una pequeña excursión al pasado si queremos comprender el porqué de muchas cosas de las que hoy en día pasan. Sólo así podremos, si no sentimental, si racionalmente, ser capaces de comprender que la música es en sí un fenómeno perfectamente coherente, comprometido y vinculado con el resto de quehaceres humanos, postura de base sin la cual, no ya la música actual, sino incluso la astronómica, aparecen como puras variedades desprovistas de sentido.

Si nos ceñimos a Occidente, en un primer estadio, la música tenía dos soportes para marchar a través del tiempo: la palabra y el gesto. En el primer caso era el texto el que hacía suponer al auditor la estructura de lo que estaba oyendo; en el segundo se trataba de una plasmación sonora de una actividad tan específicamente humana como es el mimo o la danza. La música era una especie de creación necesaria, pero sin apoyo propio. Su producción dependía de factores que no eran ella misma y su forma, su capacidad comunicativa, se derivaban de otras artes con una lógica interna infinitamente más conocida del espectador medio: en un caso, la lógica de la palabra; en otro, la del gesto. Este es el caso de la música griega, de la romana —en lo poco que ambas, sobre todo la segunda, se conocen—, del gregoriano, de la juglaresca de los primeros siglos medievales, de todas las manifestaciones musicales que se producen hasta llegar al fenómeno conocido bajo el nombre de «Ars Nova», allá por los comienzos del siglo XIV, con sus lógicos e inevitables antecedentes.

En ese momento, el músico se da cuenta de que puede estructurar a su arte como un lenguaje independiente de todo lo que no sea él mismo. Comienza a construir sus obras, no como una emanación del texto, sino como una edificación propia, con un sentido específicamente suyo. El texto es un elemento más a ordenar, pero no es lo que justifica todo el conjunto. Y no es casualidad que justo en este momento se produzcan los primeros nombres propios de la historia de la música en Occidente: Philippe de Vitry, Guillaume Machaut, Guillaume Dufay, Gilles Binchois, Adam de la Halle, Perotin, etc...

¿Cómo puede edificarse una forma en el tiempo? Evidentemente, los primeros pasos han de ser tímidos y derivados de las artes del espacio. A nada que nos detengamos a pensar un momento en cómo neutralizar la sensación de fugacidad que el tiempo nos produce, nos daremos cuenta de que hay sólo un medio: la memoria. La memoria posibilita el realizar un arte del tiempo con el mismo criterio de uno del espacio. Si el compositor repite una misma idea, aunque sea variada —con tal de que sea reconocible—, el auditor tendrá la sensación de que siempre está ante un paisaje conocido. Una vez hecho el esfuerzo de aprender el material temático que cada obra implica —como el dijéramos, su armazón—, el compositor se preocupa en este estadio de la evolución musical de hacer derivar todo de él, de tal forma que el espectador pueda sentir la sensación de que domina al tiempo, gracias a una forma que continuamente está refiriéndose a un punto común. De aquí que al no melómano, por no tener desarrollada la capacidad de reconocimiento de un material sonoro, le parezca la música como una marcha sin sentido y apenas si puede soportar obras muy breves y caracterizadas casi siempre por su contenido extramusical, en donde puede apoyarse para comprender lo que pasa en una anécdota que nada tiene que ver con la entera sonora. Así pues, este momento musical, que va, grosso modo, desde el siglo XIV hasta principios del actual siglo, se distingue ante todo por haber sabido encontrar una manera de desarrollar a las formas de la música con autonomía de otra cosa que no sean ellas mismas, apoyándose en un concepto derivado de las artes del espacio gracias a la memoria. Esto es, gracias a la repetición, variada o no, de una célula temática. Pasaremos en un próximo artículo al momento actual.

LUIS DE PABLO

buen presagio

RESULTA alentador comprobar que el deporte español no sólo piensa en los JJ. OO. de 1968, sino que está atacando a fondo la preparación de los mismos.

Cada semana, alguna Federación Nacional nos da cuenta de los proyectos que piensa acometer —si es que ya no los tiene en marcha— en plazo breve para conseguir un potencial de rendimiento acorde con la importancia de aquel certamen y con las exigencias particularísimas que para España encierra.

Por fortuna, la improvisación clásica tiene cada vez menores escapes. Si lo de Tokio fue enfocado en serio —pese a los resultados, los mejores a pesar de todo de la participación olímpica española—, lo de Méjico se está tomando muy en serio. A casi cuatro años vista, es algo digno de ser puesto de relieve.

Baste un ejemplo. La Federación Española de Clubs Náuticos ha perfilado ya un plan cuatrienal, de selección progresiva, que se coronará a principios de 1968. Se trata de enviar a Méjico a dos equipos para cada una de las cinco series olímpicas: «stara», «finna», «flying dutchman», «5,5 metros» y «dragones». El plan incluye, con el apoyo de la Delegación Nacional de Deportes, la adquisición de una flota de embarcaciones de aquellos tipos para ser entregadas a tripulaciones escogidas y responsabilizadas. En el mismo año olímpico, los participantes españoles definitivos en cada serie serán dotados del último modelo de embarcación, con el fin de no hallarse en desventaja con sus concurrentes.

la fifa despierta

Finalmente, los viejos y sesudos componentes de ese senado del fútbol mundial que es la FIFA han decidido realizar una serie de ensayos con vistas a proponer a la Comisión de Reglas algunas modificaciones en las leyes del juego.

Ya merecen los creadores del fútbol el respeto general por la solidez de un reglamento que se mantiene casi inalterable desde hace cien años. Pero, sin duda, las trampas establecidas contra el espíritu de ese reglamento obligan a introducir algunas variantes. Lo difícil es acertar con la solución. Una de las primeramente enfocadas es la que se refiere al fuera de juego. Se pretende ahora limitar la falta a los últimos 18 metros, alargando hasta las bandas la línea frontal del área. Son muchos los que entienden que eso facilitará el juego ofensivo y reducirá a cenizas la tendencia destructiva, amantada en Italia y copiada ya incluso en Sudamérica, donde el Boca Junior, que antaño se distinguía por su brillante fútbol de ataque, se ha convertido en campeón gracias exclusivamente al poderío de su «cerrojo».

Pero otras voces autorizadas dudan de la validez del procedimiento propuesto. Entienden que, en realidad, la limitación del fuera de juego no servirá más que para hacer más rígidos los sistemas de marcaje y, consiguientemente, para multiplicar los factores defensivos.

Sea así o no, lo que es de agradecer es que la FIFA se preocupe de airear el reglamento, agudizando, hasta donde sea posible, el talento y la experiencia de sus técnicos para devolver al fútbol el espíritu creador, ahora flagelado por ese estúpido sentido de que «antes que ganar es preferible no perder».

el triunfo del zaragoza

Ha vencido el Zaragoza en Cardiff, gracias a un gol de Canario. Había diferencias de clase en favor del bando español, pero como éste sólo había conseguido empatar en La Romareda —en una crisis de confianza increíble—, el encuentro en el campo de los galeses, respaldados por un coro de 50.000 éfans, se presentaba difícil, muy difícil.

Por eso, el éxito del club aragonés tiene un mérito indiscutible. Y le abre las puertas para aspirar a lo mejor. En cierto modo, sus próximos adversarios pueden preocuparle, pero no asustarle. Ni el Munich, ni el Legia de Varsovia, ni el Dynamo de Zagreb, ni el Torino, ni el West Ham —alguno de los cuales serán adversarios del Zaragoza en las semifinales de la Recopa— tienen talla excepcional.

Si el pronóstico futbolístico se ajustará a una lógica y no a un juego de azar, diríamos que el Zaragoza tiene un 75 por ciento de posibilidades de llegar a la final y de ganarla.

el boxeo se dignifica

Después del lamentable espectáculo a que dio lugar el combate para el campeonato mundial de los grandes pesos, disputado en Miami, entre Cassius Clay y Sonny Liston, el boxeo norteamericano estaba bajo el peso de un vergonzante sonrojo.

Aunque la era de Frankie Carbo, «gangster» famoso que durante muchos años ha dirigido los hilos del «bajo mundo» del boxeo, parece muerta, «la comedia de Miami» con su complejo de coincidencias bochornosas puso una etiqueta despreciable al discutido combate.

Quizá por eso se ha respirado un aire vivificador a raíz de la pelea disputada por George Chuvalo, un fornido canadiense, y Floyd Patterson. Combatieron en el Madison Square Garden, ante 19.000 espectadores, que dejaron en taquilla 55 millones de pesetas. Fue una lucha admirable, sin tapujos ni inhibiciones, que finalmente ganó Patterson, un muchacho que fue campeón olímpico en Helsinki en 1956, y cuya carrera, según confesiones del que fue su preparador Cus d'Amato, ha estado amenazada por las presiones de los eganos.

En Estados Unidos, esta simple muestra de gallardía de dos pugiles hace ya hablar de dignificación del boxeo. No corramos tanto. Esperemos, porque aunque la World Boxing Association ha dejado en la cuneta a Clay y a Sonny Liston, éstos y sus patrocinadores aún no han dicho su última palabra.

J. J. CASTILLO